espaivisor
c/ Carrasquer, 2, 46001, Valencia
+ 34 96 392 23 99 / +34 628 881 245
www.espaivisor.com - info@espaivisor.com

(«se hace camino al andar»)
Hamish Fulton: walking as artform

¿Cómo acercarse, para pensarlos, a los paseos a través del paisaje que Hamish Fulton viene practicando desde 1969? ¿Cómo reflexionar en torno a la singularidad de sus itinerarios, en el contexto de su muy personal relación entre la práctica artística y la naturaleza? ¿Cómo atisbar la dimensión estética de esas caminatas que Fulton siempre se ha resistido a considerar como «obra» al estilo de los artistas del land art a los cuales la pereza teórica tiende con excesiva comodidad a asociarlo? ¿Cómo pensar lo irrepetible de una experiencia in situ que no se vincula al lugar como anécdota?

El paseante es una figura propia de la modernidad. Una figura que, a pesar de que Baudelaire, bajo la máscara del flâneur, la concibiera como fenómeno esencialmente metropolitano, tiene sus raíces en una determinada forma de relacionarse con el espacio físico que precede al propio espacio urbano. Lo sabemos por Aristóteles, que vinculó, con una intensidad que la historia pronto olvidaría, el acto mismo de la reflexión al paseo y al deambular, al itinerario a pie que discurre en paralelo, o en confrontación, con el curso de las ideas en movimiento; con el griego, aprendemos que las ideas se mueven a pie, para buscar su objeto y para salir del cerco hermético de los propios pensamientos hacia el mundo exterior: el paseante que no se refugia ensimismado en su propia reflexión es siempre un ex–cursionista, alguien que sale desde sí hacia fuera, en dirección a lo otro de sí, siempre incógnito y, además, enigmático. Lo sabemos también por los antiguos toponomistas, que llegaban a los lugares antes de que éstos tuvieran nombre y que, escuchando los sonidos del viento y de la tierra y del mar, y mirando las formas de cada lugar, iban probando a ponerle letras hasta descubrir, por una inquietante coincidencia de lo descubierto y lo nombrado, su nombre propio. Lo sabemos, todavía, por el plenairista que, más allá de su dimensión pictórica, como ha señalado Perejaume, «buscaba en los ojos aquello que tenía en los pies». Hamish Fulton pertenece a esta antigua estirpe que son los paseantes por el espacio físico de la naturaleza a través de itinerarios a pie: peripatéticos, toponomistas, plenairistas, especímenes de una rara relación con el espacio que no pretenden, como los físicos o los pintores, contener la inmensidad del espacio para poseerlo, con todos sus enigmas, en la página de un libro o en el lienzo enmarcado.

Y, así, Hamish Fulton ha caminado, peripatético también él, por la costa cantábrica y sus sierras, a la sombra de los Picos de Europa y de la sierra de Peña Labra, poniendo en movimiento las ideas, para escuchar, también él, el rumor de las olas y del viento, para mirar las formas de la arena en la playa y de la tierra en el bosque, para reconocer, entre laderas y desfiladeros, el nombre de cada cosa, su toponimia enigmática, donde cada lugar tiene voz que lo nombra –y sólo nombra lo humano, que da voz a aquello en lo que pone el pie, al modo como siempre ha utilizado la voz, en forma de palabra, para nombrar el placer y el dolor. Persiguiendo nombres, pues, Hamish Fulton, para dar con las cosas y, una vez ahí, descubrir el sonido y las formas de las cosas, más allá, o más acá incluso, de sus nombres: Cabo Mayor, Llanes, Ribadesella, Refugio de la Terenosa, Jou de los Boches, Hoyos de Lloroza, Colladina de las Nieves, Vega de Liordes, Liébana, Espinama, Cosgaya, Potes, río Deva, río Quivieso, Cabañes, sierra de Peña Labra, Pesaguero, Piedrasluengas, Fontibre, Rienosa, Torrelavega, Santander, Cabo Mayor. Y ese caminar, andando de ida y vuelta a Cabo Mayor, ha configurado un paseo, una excursión, que tiene más de peripatético, toponomista y plenairista que de artista institucionalizado de eso llamado land art que está unido más bien a la voluntad romántica de superar la escisión entre hombre y naturaleza a través de una puesta en escena de la representación. Pero en Fulton no hay representación, sino esa forma de entender el camino por la que «se hace camino al andar», como diría Machado, que de esto sabía un poco: de poner el paisaje en verso, nombrarlo sin contenerlo, decir sin explicar, señalar apenas con la voz del poema aquella experiencia del poeta en el mundo. Sí que deja, de su caminar, Hamish Fulton, unas cuantas fotografías: que no son la obra, pues la «obra» es el caminar, de él, que se reconoce como walking artist, transitando desde Cabo Mayor y volviendo ahí de nuevo, al final. Fotografías que son indicios del caminar, y de lo oído y visto en el caminar, a través de caminos y pistas, entre alturas y llanos, en busca del rumor que el nombre del lugar sólo anuncia, como la imagen sólo acierta a apuntar. Fotografías–indicio, puro rastro de una traza que indica un transitar, donde el habitar, para quedarse, está descartado, pues todo es, en esa ida y vuelta a Cabo Mayor, lugar de paso, espacio para la itinerancia, nomadismo de paseante ex–cursionista, que sale de sí para oír y mirar lo otro. Eso otro de lo que la fotografía es eco y sombra. Como la sombra propia, de Fulton, inscrita –queda la fotografía– como una caligrafía en el pedregal. Y así, en ese caminar por el paisaje, en virtud de esa escucha que es mirada y de ese ver que es también oír, Hamish Fulton contradice la esencia de la práctica artística cuanto menos desde los griegos. Una práctica que, sabíamos, consistía en un «hacer» y en un «producir» (poiesis), pero que Fulton desmaterializa

hasta convertirla en pura acción: caminar. Y caminar, además, por lo ya nombrado que, en cuanto tal, es también lo ya visto, lo ya experimentado. Lo dice el propio Fulton: «A walk can exist like an invisible object in a complex world» (Una caminata puede existir como un objeto invisible en un mundo complejo). Caminar como obra: «'walking' is an artform in its own right». Pero ¿qué «hacer» hay en el caminar?, ¿qué «producir» en el andar? Marcel Proust confiaba en En busca del tiempo perdido, que «algunos, amantes de los misterios, se halagan pensando que en las cosas permanece algo de las miradas que una vez se posaron en ellas». Y es que la mirada del paseante, al caminar, deja en los lugares por los que camina la inscripción de sus pasos en forma de nuevo sendero sobre los caminos y de nueva mirada sobre el paisaje: senderos transitados y paisajes vistos en los que permanecen, como huellas, tal vez invisibles, o acaso no tanto, nuevos sentidos que hacen de ellos, siempre, algo nuevo. Huellas quizás tan inmateriales como aquella sombra en el pedregal, pero marcadas, pues de eso se trata, con el peso de la inscripción de una experiencia: «I 'built' an experience. Each walk marks the flow of time between birth and death» (Construí una experiencia. Cada caminata marca el paso del tiempo entre el nacimiento y la muerte). Caminar que es tránsito, huella de lo que pasó, caminando por ahí, y que a veces insinúa un por-venir posible, el regreso. Pues «la huella no es una presencia, sino el simulacro de una presencia que se disloca, se desplaza, se difiere, propiamente carece de lugar» (Derrida, Márgenes de la filosofía).

Y es que, al caminar, todo se holla, aunque sea como huella, que es la holladura más próxima, por no ser siquiera presencia, a la sombra, como en esos pasos descalzos, contados uno a uno por Fulton, en la arena de la playa de Llanes y Ribadesella, o sobre la hierba en Hoyos de Lloroza y Vega de Liordes. Pasos que son inscripciones en el paisaje realizadas al caminar y que, puestos en palabra, marcan también, con palabras, el paisaje del itinerario: al decir los pasos, dan en palabras la imagen de una huella que quedó ahí, atrás, acaso esperando un regreso posible. Pues las huellas del verano de 2006 reencontraron, en Llanes, las de 1993. Y las de Ribadesella trazaron un palimpsesto sobre aquellas otras huellas de 1990, también del propio Fulton, de cuando estuvo ahí junto a Richard Long. Estaban ahí, y el caminante las dice al volver a los mismos lugares, un regreso, con nuevas huellas, adonde el tiempo borró –o no: pues una huella nunca se borra– las que años atrás inscribió en otros itinerarios, por los mismos lugares. Y así todo caminar se inscribe, con la caligrafía propia de ese nuevo relato de nuevos pasos, palabras e imágenes, en esos otros relatos que antes el mismo caminar inscribió ahí, cuando ya entonces se mezcló, como vuelve a mezclarse ahora, con los relatos de otros andares y de otros caminantes que también, como las miradas de Proust, dejaron su huella para que fuera borrada por los que vendrían detrás, más tarde. En el camino de Cabo Mayor a Cabo Mayor: tierra de trashumancia por cañadas, de pastoreo por valles y laderas solanas, de circulación por collados, rellanos y vegas, por bosques, pastos y praderíos, de hombres y mujeres con sus cuévanos a cuesta, de ida y vuelta, rastrillos en mano, y de trajineros de todo tipo y edad. Tierra de andares, por donde la historia se ha escrito, también, con presencia fugaz, a lo largo de un caminar milenario que ha convertido el territorio en un pergamino cargado de signos y huellas, palabras y miradas.

Y es que todo caminar, deambulando, y en eso sí que tuvo razón Baudelaire, es como un leer que descifra lo que ve al pasear. Pero, además, en la medida que va dejando generosamente, gratuitamente, sus huellas, es también, en cierto modo, un escribir. Pues al leer, mirando, mientras se camina, se escribe, por sobre de lo andado, una nueva caligrafía que otros leerán, borrándola de paso mientras pasen por ella: libros que se borran con el paso de nuevas huellas, pero que no acaban de provocar la desaparición de las que han precedido cada nuevo caminar. Y así, mirar el paisaje es también levantar la hoja, poniéndola también de pie, con las escrituras de otros pasos que se nos aparecerán de pie, ante los ojos. Pues los pies del caminante escriben y, al mismo tiempo, miran, de modo semejante a como hacía el centauro, buscando a tientas con el movimiento ciego de las manos a través del aire, tendiendo los dedos y las palmas de la mano hacia lo inasible. Buscando mirar a través de las manos, mientras los pies le llevan lejos: no es extraño que la figura del caballo humano que busca con las manos, sin asir nunca nada, fascinara a Henri Focillon en su olvidado Elogio de la mano. Porque todo caminar, en cada paseante que recorre el espacio físico de paisajes poco trillados, tiene algo de buscar a tientas, con las manos, mientras los pies le arrastran por el suelo y la mirada le proyecta hacia el horizonte.

El arte del caminar, del que hablaron, como acaso nadie antes, William Hazlitt (On Going A Journey) y Robert Louis Stevenson (Walking Tours), no consiste en darse una vuelta, para acabar siendo el mismo, sino en recorrer un espacio atravesándolo y dejándose atravesar por él, inscribiendo en él la caligrafía de su paso y haciéndose, también, inscribir por él. Fue Stevenson quien lo dijo: ««se debe estar abierto a todas las impresiones y permitir que nuestros pensamientos adopten el color de lo que vemos; se debe ser como una flauta para cualquier viento». Nada que ver con los Sueños de un caminante solitario de Rousseau ni con el joven Hegel, de excursión en los

c/ Carrasquer, 2, 46001, Valencia
+ 34 96 392 23 99 / +34 628 881 245
www.espaivisor.com - info@espaivisor.com

Alpes: excusas idealistas para buscar en el paisaje lo que ya se posee, con la vana pretensión de que, al final, el paisaje acabe siendo aquello que esperábamos (y acaso soñábamos) de él. Nada que ver con eso, ni el caminar de Hazlitt y Stevenson, ni el de Hamish Fulton de Cabo Mayor a Cabo Mayor: en todos ellos –y de Fulton nos quedan esas fotografías que también son huellas para reconocerlo– la misma voluntad de salir de sí para dejarse peinar por el viento, para dejarse interpretar por lo visto y por lo oído, por lo pateado en ese deambular de sí mismo por lo fuera de sí. Y en ese itinerario, que es el emblema de la única experiencia posible digna de este nombre, llegar a ser nombrado, también, por el paisaje. Pues el auténtico caminar tal vez se asemeje a ese dejarse nombrar por lo otro: lección de Fulton por los itinerarios cántabros. Y ahí quedan, para nosotros, sus huellas en forma de imagen. «An invisible object in a complex world».

xavier antich